



## Manos y piés

ó SEA

### veredas y carreteras

(MEDITACION)

Los batos se diferencian de los hombres en que aquellos hacen los caminos con los piés y estos con las manos.

Pensamiento de Baldomero Goyoga, cuyo letra no recuerdo.

En el principio estaba la tierra desnuda de caminos y veredas, porque toda ella era camino. Y hé aquí que los hombres empezaron á andar buscando para ir á los lugares más delectosos ó más ricos la línea más fácil.

Cada cual guiaba sus pasos segun su comodidad ó gusto, y cada cual seguía su camino, pero como todos eran hombres y el hombre es uno, coincidían sus senderos, y hé aquí cómo hicieron con los piés las primeras vías sobre la tierra.

Así es como las cabras, guiadas por su instinto á buscar la más fácil subida trazan sus cabrunas sendejas.

Puede equivocarse una cabra ó seguir un extravagante capricho, ó desviarse de la senda de la especie atraída por una mata. Pero la obra colectiva es infalible. Por algo se dijo *vox populi, vox Dei*. Es que ese sendero es la revelacion de la esencia cabruna, y las esencias están protegidas por la mano de Dios del aliento del Enemigo Malo, padre de la mentira, á quien tan solo ha abandonado los accidentes. Por eso dice San Agustin que toda cosa en cuanto es buena y que el mal no es más que accidente.

Y por eso digo yo que los senderos que hombres y cabras hacen con los piés son de derecho, revelacion de la esencia humana y cabruna, cuyo ministerio ejerce la ley de la mayoría.

Una vez trillado con los piés el sendero las personas sensatas van por él, y el que pretenda seguir otra línea desperdiciará fuerza. ¿Ha sido en vano acaso lo que han discurrido con los piés siglos y siglos los hombres y las cabras?

Más tarde el hombre calzó los senderos, que por tanto se convirtieron en calzadas, caminos que buscan la línea más recta, no la más llana.

Dos principios entraron en conflicto al ponerse los hombres á reflexionar en sus caminos, el de la línea más corta y el de la línea más fácil.

En cuanto estos dos principios empezaron á luchar en el espíritu del hombre que anda surgió la razon racionante, hija siempre de la lucha.

Entonces los hombres echaron mano á las manos y se pusieron á construir á brazo y cálculo caminos y veredas.

¡Ah! Con los piés no se hacen cortes, ni túneles, ni terraplenes. Al alzarse las manos contra los piés recibió rudo golpe la *vox Dei*, y surgieron los ingenieros y con ellos las carreteras.

¡Cuán grande diferencia de las obras de las manos á las obras de los piés! La carretera serpea buscando el nivel y se enroscala á las montañas.

Bendigamos á Dios que al darnos un par de manos y otro par de piés separándonos así de cuadrumanos y cuadrúpedos ha asentado nuestra razon sobre nuestro instinto, y nos ha puesto freno en los piés para que no vayamos al mono y freno en las manos para que no descendamos al cerdo. Porque no cabe duda; el mono es un extra-racional ó ultra-racional, es el producto extremo de una civilizacion racionante. Hubo allá en remotos tiempos hombres que despreciaron los piés y el instinto, rindieron culto á la razon y á las manos, y Dios así como á Nabucodonosor en bestia los convirtió en aquello á que aspiraban, en macacos y titís dotados de cuatro manos y de razon pura, limpia de todo instinto, es decir, de espíritu de imitacion.

Bendigámosle y pidámosle alas, aunque para darnoslas nos prive del uso de la palabra, que siempre ganaremos, pues vale más ser ángel mudo que hombre hablador.

Por algo cuando se inauguró en Bilbao el nuevo puente viejo, quiero decir el de San Anton, alzaron á su entrada un arco que decía: Las vías de comunicacion aumentan la riqueza de las naciones.

¿Qué es el comercio? Camino; camino que empezó por la humilde vereda del cambio directo de productos en especie cuando discurrían los hombres con los piés, se transformó luego en la carretera de la moneda cuando empezaron á servirse de las manos y hoy corre por la línea férrea del papel moneda. Por esto el papel nos lleva, no lo llevamos nosotros.

Este me lleva como de la mano á los ferrocarriles. Ved el uso que ha hecho de sus manos; se ha servido de ellas para ahorrarse los piés, es decir, se ha valido de la razon para sacudirse de l instinto. Por eso se expone á choques y descarrilamientos.

El que vá á pié por un sendero si cae del suelo no pasa, pero al que un desastre le arroja de lo alto de un viaducto tampoco pasa del suelo pero se estrella contra él.

¡Oh razon, oh manos, que nos elevais á tales alturas para que la caída sea más grande y el golpe mortal!

Consideremos, sin embargo, que la línea del San Gotardo es hija y heredera de los senderos alpestres que escalan á aquel blanco gigante.

Grande puede ser la ciencia del ingeniero, pero las matemáticas ni la mecánica racional no enseñan á andar, aunque haya muchos que crean que la ética enseña á ser bueno, la lógica á discurrir, la gramática á hablar, la mecánica á andar y la fisiología á digerir. La verdad es que para alimentarse hay pocas cosas más secas que el papel de que se hacen los libros. Por eso el que se alimenta de libros y



Ciencia libresca le pasa lo que al perro que se traga una esponja frita; que le entra una sed inextinguible y devoradora y cuanto más bebe más se hincha la esponja indigerible y acaba con el estómago perruno y con el perro mismo después de grandes dolores. A pesar de lo cual seguimos empapuzando á los niños con esponjas fritas en forma de libros.

Perdóneme el lector que mi pluma aunque guiada por la mano parezca serlo por el pié, quiero decir, que en vez de seguir el camino real y llano de un discurso no interrumpido me pierda en las veredas y sendejas de la montaña.

El camino del infierno dicen que es ancha y cómoda carretera, por donde no vá, sino que es llevada la muchedumbre en coches y vehículos, mientras es la vía que conduce al cielo humilde vereda, llena de abrojos por el abandono en que se la tiene, que escala la Montaña Santa.

Con las manos hicieron los hombres el camino del infierno, con las manos guiadas por la razón después que aquel desdichado Adán probó del fruto del árbol de la ciencia.

Con los humildes piés, y con los piés descalzos, trazaron poco á poco el sendero de la gloria los pocos sábios que en el mundo han sido.

La vereda una vez hecha no necesita de más cuidado sino que los hombres la transiten, el ejercicio la conserva y perfecciona.

Ved en cambio lo que la Diputación y el Gobierno gastan en carreteras, la grava que necesitan, los peones que piden, y siempre llenas de polvo si el tiempo es seco y de barro si es húmedo. Eso es lo que dan las manos, polvo y barro!

Polvo y barro! Esto es el hombre!

Hoy, olvidados y abandonados, los humildes senderos del patriarcal instinto, huérfanos de la planta humana que los produjo, se cubren de yerba y césped ofreciendo mullida alfombra al que vuelve sus pasos á ellos.

Así los olvidados instintos y los caminos de la infancia se van hermosando con el olvido, se cubren de verde y ofrecen grato solaz al caminante sediento por el polvo de la ancha carretera.

Muchas veces cuando en un viaje nos lleva un coche dejamos éste al principio de la cuesta y mientras sube lentamente por la carretera tomamos la vereda, mullida de césped y festoneada de fronda, que conduce á lo alto de la cuesta. No hay atajo sin trabajo, pero no hay fin de trabajo sin deleite.

Una vez en la cima nos sentamos limpiándonos el sudor y tragando el aire de Dios para esperar al coche.

—¡Qué hermoso es cuando el alma se siente fatigada de los ardorosos caminos de la reflexión desviarnos de ellos para ir á perdernos en los humildes senderos del instinto, festoneados de fronda y tapizados de césped!

Pero... ¡no maldigamos de las obras de las manos! no maldigamos de ellas porque de una misma masa nos hizo Dios los piés y las manos, y en último resultado son los piés unas manos dispuestas para andar y las manos unos piés aptos para la prensión.

Parece imposible que una insignificancia como oponer el pié á los otros cuatro dedos tenga tantas y tan trascendentales consecuencias!

No maldigamos las obras de las manos. Para andar por el mundo hacen falta piés y manos, y á los piés con piés y manos se entra.

«Quien de vosotros no se hiciera como uno de estos pequeñuelos no entrará en el reino de los cielos.» Sólo haciéndonos niños entraremos en él.

Y ¿cómo empieza á andar el niño? Con manos y piés, á gatas. A gatas hay que entrar en la gloria.

¡Oh hermosa vereda á la montaña, humilde vereda de cabras, tapizada de césped y festoneada de fronda!

Al llegar á la cima sudoroso ¡qué hermosura incomparable tenderse en la plenitud del aire, bajo la anchura del cielo, en la region de las nubes, y contemplar al pié los valles profundos por donde corren las polvorientas carreteras!

Y ver en estas á la muchedumbre de los hombres, olvidados de Dios mañana quietos y dormidos para siempre nuestro gran vehículo, la tierra, les llevará por los espacios en su infinita carrera!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Febrero, 1893.

